

LA GRACIA

REVISTA COMICA

Núm. 2

30 cts.



UN FINANCIERO.—Créame usted: hay Bancos muy sólidos...
OTRO.—Este, por ejemplo.

Portada de TITO



POESIA

—Y a usted, ¿no le gusta la soledad?
—¡No la conozco!



LAS SETAS

—Una de dos: ¡o me suicido o me doy
un banquete!...

LA NOVELA CORTA

publicará el próximo sábado

EL HOMBRE QUE SE AHOGO EN LA ARENA

novela inédita, original de

PEDRO DE REPIDE

20 cts.



LA MUJER.—Muchas gracias; ya estoy mejor de las anginas, pero he estado una semana sin poder hablar palabra.

EL COMERCIANTE.—Vamos, vamos; eso no lo creo, señá Chintila. (De «Le Rire.»)

LA NOVELA TEATRAL

publicará el próximo domingo
la farsa matrimonial en un acto

EL APURO DE PURA

original de

ANTONIO PASO

30 cts.

EL FOLLETIN

PUBLICARA MAÑANA

La sogá del ahorcado

POR

PONSON DU TERRAIL

NÚMEROS PUBLICADOS:

- 1.—DUMAS.—Los mil y fantasmas.
- 2.—VICTOR HUGO.—Han de Islandia.
- 3.—DICKENS.—Los tiempos difíciles.
- 4.—DOSTOIEWSKI.—Crimen y castigo.
- 5.—ALLAN POE.—Aventuras de Arturo Gordon Pym.
- 6.—E. SIENKIEWITZ.—¿Quo vadis?
- 7.—IVAN TURGUENEF.—Humo.
- 8.—WALTER SCOOT.—El pirata.
- 9.—ABATE PREVOST.—Manon Lescaut
- 10.—BALZAC.—La piel de zapa.
- 11.—PONSON DU TERRAIL.—Las miserias de Londres.
- 12.—F. COOPER.—El último mohicano.
- 13.—GABORIAU.—Por el honor del nombre.
- 14.—WISEMAN.—Fabiola.
- 15.—L. ON TOLSTOI.—Resurrección.
- 16.—DUMAS.—Los tres mosqueteros (tomo I.)
- 17.—DUMAS.—Los tres mosqueteros (tomo II.)
- 18.—DUMAS.—Veinte años después (tomo I.)
- 19.—DUMAS.—Veinte años después (tomo II.)
- 20.—DUMAS.—Veinte años después (tomo III.)
- 21.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo I.)
- 22.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo II.)
- 23.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo III.)
- 24.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo IV.)
- 25.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo V.)
- 26.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo VI.)
- 27.—DICKENS.—El hijo de la Parroquia.
- 28.—VICTOR HUGO.—El hombre que ríe (tomo I.)
- 29.—VICTOR HUGO.—El hombre que ríe (tomo II.)
- 30.—VICTOR HUGO.—Nuestra Señora de París (tomo I.)
- 31.—VICTOR HUGO.—Nuestra Señora de París (tomo II.)
- 32.—VICTOR HUGO.—El noventa y tres.
- 33.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo I.)
- 34.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo II.)
- 35.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo III.)
- 36.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo IV.)
- 37.—VICTOR HUGO.—Los trabajadores del mar (tomo I.)
- 38.—VICTOR HUGO.—Los trabajadores del mar (tomo II.)
- 39.—PONSON DU TERRAIL.—La sogá del ahorcado.

132 PAGINAS

CUARENTA CENTIMOS

AGENTE EXCLUSIVO PARA
LA VENTA DE ESTA REVISTA:

Guatemala: **DE LA RIVA HERMANOS**
9.ª Avenida Sur, n.º 8.—Guatemala C. A.

Precio del ejemplar en Buenos Aires. 25 centavos.
En el interior del país 20 centavos.

Prohibida la reproducción de texto y grabados. No se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos.—No se abonan otros trabajos que los solicitados



—¡Pero "Pifanio"! Ese "estao" en que te veo, ¿es "produzto" de alguna "enfermedaz"?

—Sí, Manolo; de una "bronquitis".

EL JURAMENTO

Cuando a la vieja tía Frasquita, la Mellá, mujer de tío Antón er Mellao, le dijeron que su hijo Serafín, —aquel manojito de claveles y de rositas de olor— tenía que "ir" soldado, se soltó el pelo y cogió el ciclo con las manos.

—¿Zordao el hijo de mi zentraña? ¿Zordao mi niño bonito? ¡Tendrá que ve!

Voló presurosa en busca del alcalde, a exponerle sus cuitas, y a manifestarle su decidido propósito de que no se consumase tamaño atropello.

No estaba el alcalde en su casa, sino en la de la villa, reunido en cabildo con sus compañeros de concejo y con no sé qué moscones de no sé cual comisión, que allí habían ido, como heraldos de una epidemia, dis-

dos aquellos señorones, que mal fin tuviera su pellejo.

Encaróse el primer edil con la atribulada mujer, y le preguntó:

—¿Qué te trae por aquí, Frasquita?

—Yastevé, ná—contestó ésta—; sino que una mala lengua ha venío a darme el jicarazo, diciéndome que mi niño tié qu'ir zordao.

—No hay tal mala lengua, mujer, pues te han dicho la verdad.

—Po ezo, zeñó arcarde, no pué zé.

—¿Por qué no? A tu chico, precisamente, le ha tocado el uno.

—Como zi le tocase el otro. Mi niño no pué zé zordao, por milentami razone. ¿Cómo queréis uestez que vaya zordao un ánge de Dió como é, que no le gustan la papa, y que el probetiyo mío, en cuantico que la prueba, ze me abre a ajorcá, como un baúl mundo?

—Ya le darán otra cosa, no te apures.

puestos a arramblar con todos los mozos del pueblo.

De esto hay ya muchos años; muchos, pues es una anécdota de casi la juventud de tía Frasquita, quien me la refirió a mí siendo ella ya muy vieja.

Al Ayuntamiento se fué, como digo, nuestra heroína, y salvando obstáculos y desatendiendo prohibiciones, se coló en la sala capitular, en cuyo estrado, bajo un gran retrato de S. M. y ante una mesa cubierta con un rojo tapete de terciopelo, galoneado de oro, se hallaban to-

—Lo que l'han de dar e zer canuto, porque mi niño e hijo de viuda.

—¿Viuda tú? ¿Desde cuando?

—Po jágaze uzté cuenta que dende que me cazé; porque ya zabe uzté que er Meyao, pa lo de parecé por zu caza, z'ha declarao prófugo.

—Pero el Mellao está vivo.

—Y coleando icen que anda por ahí.

—Y estáis legalmente casados...

—Po lo legá, po la Iglesia, por lo ceví y hasta por lo creminá. ¡Remachao tós los clavos!

—Pues, hija, siendo esto así, no hay escape. Tu chico tiene que cargar con el chopo... como no te decides a matar antes a tu marido.

—¿Da mucha pena ezo?

—Las viudas dicen que sí; pero se les pasa pronto.

—Pena de galera, quiero decí, que paece qu'está el zeñó de guaza.

—Sus treinta añitos, largos de talle...

—Po lo penzaré. M'ha dao uzté una idea. Pero lo de ir mi niño a cerví ad Rey, ze lo podéis uzté ir quitando de la cabeza. ¡Que ze yeven a zu pare, que jará mu güen zervicio! ¡No e un contradió ezto de que no pueda zé hijo de viuda el hijo de una mujer que no tié marido, como me paza a mí? ¡Vamoz, hombre! ¡Ezto no pué zé y no zará! ¡Primero lo mando ar moro! ¡Y me ví yo con é, que é er que me mantiene; y lo zojo e mi cara y la zentraña mía; y la zalita e mi corazón!... ¡Mizté qu'ir mi niño zordao! ¡No quíe Pepe!... ¡Que no, ea; que no! ¡Ya lo veréiz uzté como no! ¡Primero me lo como, como jazen la gata!...

—Vamos, Frasquita, cálmate y no digas desatinos. También van los hijos de las demás.

—¡Po el mío, no!

Y volviendo los ojos hacia el gran lienzo que decoraba el salón y extendiendo hacia él su mano sarmen-toso, exclamó, solemne:

—¡Lo juro por eza Zantízima Virgen, qu'está ahí con zu hijo en lo brazo!...

Todos los concurrentes prorrumpieron en una carcajada homérica.

Porque la Santísima Virgen... ¡era Isabel II!

V. Díez de Tejada



Caricatura de TOVAR.

En la casa del ilustre maestro hay un silencio muelle y apacible. El despacho donde nos recibe don Jacinto está lleno de libros que se apilan por las paredes, hasta escalar el techo.

Confesamos que nos sobrecoge el ánimo entrevistar a don Jacinto Benavente. En todo su teatro fluye la mordaz ironía que es fiel reflejo de su espíritu sutil, que supo avizorar el fondo del corazón humano y reflejar de manera magistral en toda su obra las más recónditas pasiones y expresar los más hondos sentimientos.

De don Jacinto se cuentan las más deliciosas agudezas, pero él mismo se encarga de rechazarlas en cuanto le pe-

INTERVIUS COMICAS

Por esta sección desfilarán los más altos prestigios de nuestro mundo intelectual: escritores, artistas, políticos, médicos, militares, los cuales referirán al lector las más cómicas anécdotas ocurridas a ellos en el curso de sus respectivas profesiones. Un escritor admirable, especializado en este género de literatura y recientemente consagrado en las columnas de un popularísimo diario, V. Gutiérrez de Miguel, escribirá estas interesantes y originalísimas intervius. Hoy nos cuenta sus anécdotas el glorioso maestro Jacinto Benavente.

dimos que nos las confirme y nos las refiera.

—Queremos de usted, maestro—le digo—que nos cuente las anécdotas graciosas que le hayan ocurrido en su vida.

Don Jacinto me contesta, después de meditar un momento:

—Realmente pocas hay en mi vida que puedan interesarle en este sentido. Han sido más las escenas que han dejado huella amarga en mi corazón que aquellas que me causaron regocijo.

Una, graciosa, es ya conocida. Se la repetiré a usted por si la considera interesante. Aunque a mí se refiere no fuí yo el protagonista. Fué mi cocinera.

Fué en la época de mis estrenos en Lara. Una de las veces que estrené, al terminar la representación, un matrimonio salió haciendo comentarios, y la señora en el foyer se le ocurrió decir, dirigiéndose al marido:

—Pero ¿has visto al autor? ¡Qué cara de hambre tiene! Como todos los escritores. Pobrecillos; como comen tal mal.

Y mi criada que estaba junto a ellos, exclamó muy indignada:

—¡Señora! Pues este come muy bien.

Hay una pausa y los ojos vivos del maestro se quedan fijos en una introversión como si quisieran ver en el fondo de su espíritu la anécdota graciosa que con tanto interés solicitamos de él. Pero, como nos dijo al principio, no la encuentra.

—Oiga usted maestro. De usted se cuentan frases muy ingeniosas.

—Es cierto—me contesta—, pero no son mías. Muchas de ellas, cuando se pusieron en circulación atribuyéndome-las a mí, ya eran viejas. De muchas recuerdo que ya se decían cuando yo era niño; otras son de autores extranjeros e incluso están recogidas en libros.

Una vez, iba yo en una plataforma de un tranvía. Un artesano subió al coche y me saludó con ademán respetuoso. A los pocos metros el cobrador se acercó a él, y el artesano, dándole con el codo y señalándome con los ojos, le dijo a media voz:

—Ese señor es don Jacinto Benavente.

Y el cobrador, mirándome de arriba a abajo, le dijo:

—¡Qué más quisiera él!

—¿Y casos en que lo hayan confundido a usted con otra persona?

—No recuerdo ninguno. Sí me ha ocurrido algunas veces el presentarse como amigos personas que poco sabían de mi obra. Una vez se me presentó un señor y me dijo:

—Yo siento por usted una gran admiración. Su obra "Tal" es admirable.

Yo le advertí su equivocación. La obra que me citaba era de Linares Rivas. El hombre, muy azorado, replicó:

—Es verdad, estaba confundido con esta otra.

Y citó una que era de los hermanos Quintero.

También le saqué de su error. Aun se atrevió a citar una tercera, y aunque no era mía tampoco, yo, para no hacer más violenta la situación de mi interlocutor, hube de aceptar la paternidad que me atribuía.

—¿Recuerda usted casos de personas que se hayan valido de un ardid ingenioso en demanda de su protección?

—Algunas veces se ha dado ese caso, pero no muchas. La que más impresión me produjo y no es realmente porque sea graciosa en sí, fué la siguiente:

De una capital andaluza recibí un día una carta en la que un señor, después de pintarme la estrecha situación económica en que se encontraba, pedía de mí, para salir del apuro, que le enviase alguna obra mía que yo no me hubiese atrevido a estrenar por considerarla mala. El haría gestiones para estrenarla como suya.

Yo le contesté diciéndole que su propuesta no iba a ser eficaz y se lo razonaba así:

"Como mía, aunque mala, es posible que las empresas se decidieran a estrenarla por consideración personal a mí; pero como obra de un autor desconocido, sería rechazada indefectiblemente, porque sin la sugestión que mi nombre pudiera producir, las Empresas verían todo lo mala que era la obra."

Don Jacinto hace un esfuerzo por recordar todo lo que al lector pudiera interesarle; pero hombre de una intensa vida interior, apartado de la vida de teatro en lo que pueda tener de bulliciosa y anecdótica, no fué protagonista de escenas graciosas.

—Como no escribí zarzuelas, no he tenido alrededor de mí ese personaje tan gracioso y tan ameno que es la mamá de la tiple. Todo mi teatro fué dedicado a compañías serias y en mi trato con actores y actrices no encontré nunca la situación cómica cuyo relato pudiera mover a risa.

—¿Y en su reciente viaje por América?

—Quizás leyendo los discursos a que han dado lugar los distintos actos a que he asistido se pudiera hacer un florilegio de cosas cómicas.

En una fiesta literaria en la que tomaban parte varios oradores, uno de ellos llevaba aprendido un discurso, uno de cuyos párrafos era un canto a la Naturaleza. Llegó el momento en que había de pronunciarlo y el orador, en en azoramiento natural, no se dió cuenta de la disposición de las ventanas. El hombre declamó el párrafo en el que cantaba la majestad de las cumbres, la solemnidad de los valles, mientras señalaba con ademán de tribuno una de las ventanas del estrado por la que se divisaba el prosaico paisaje de la cocina del Círculo. Este detalle, como usted comprenderá, quitó grandeza al discurso.

Otro orador se entretuvo en hacer una serie de combinaciones con las letras de mi apellido, las barajó de mil maneras y de todas ellas resultaba en mi honor los más elogiosos adjetivos. Yo no sabré cómo pagarle nunca este abrumador trabajo.

Pero esto no era en definitiva sino el deseo de expresarme de todas suertes el efecto y la consideración que mi labor les producían.

Un detalle que a mí me divierte mucho es que nadie acierte a suponerme tal como soy. Quiénes me creen más alto; otros, más grueso. En América he tenido un gran éxito, porque generalmente me suponían más viejo.

Dejamos el tema obligado de la in-

terviú porque nos interesa conocer la labor futura del maestro y a nuestras preguntas nos contesta con un dejo de melancolía:

—Por ahora no pienso hacer nada. Actualmente me ocupo en corregir las Conferencias que se publicarán en breve.

—Entonces ¿no prepara usted nada para el teatro?



—Yo no quisiera ser el hombre que levanta eso.

—¿Y qué me dices del que lo llena en el fondo?

(De «Caras y Caretas.»)

—No. Por ahora, no. Acaso el año que viene me decida a estrenar.

El maestro descansa de su reciente viaje a Valladolid. La capital de Castilla ha querido rendir también un homenaje al que supo en sus obras «Señora ama» y «La malquerida» re-

tratar el alma del hombre y de la mujer castellanos...

El maestro de la ironía y de la sutileza tiene una vida toda seriedad.

No creemos que no le hayan ocurrido cosas graciosas. Lo que acaso ocurra es que por razón de su agudeza mental, de su sensibilidad y de un sentimiento pleno de aristocracia, nada de lo que a otros les pudiera parecer gracioso sea gracioso para él.

¿Qué será la gracia para Benavente?

A nuestras preguntas establece la diferencia entre la gracia española y la gracia francesa.

—La gracia española—me dice—es más plástica, más espontánea. Se ve, pudiéramos decir. En la gracia francesa, hay un elemento intelectual siempre. Para llegar a ella es preciso meditar...

Hubiéramos querido conocer el pensamiento del maestro en este sentido.

Solamente los hombres de profundo espíritu y de tendencia seria y reflexiva son capaces de distinguir entre las categorías de lo cómico. Es un triste privilegio pero es quizás el más codiciado porque es el más humano, el más evolucionado de los siglos del entendimiento: reír de las cosas porque se ha sentido uno amenazado de la debilidad de llorar por ellas como el personaje de Beaumarchais...

V. Gutiérrez de Miguel

En el próximo número

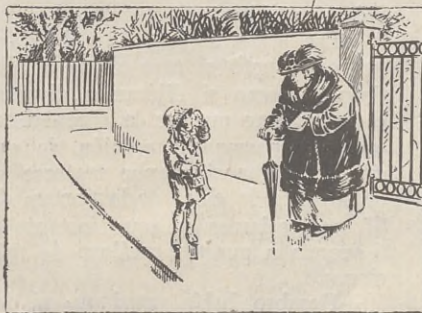
El Conde de Romanones



—Como verá, mi hijo es el muchacho que usted necesita para pegar sellos en su oficina.

—¡Oh, sí, sí; pega bien el mocito!

(De «Le Rire.»)



LA VIEJA.—Me recuerdo que al marchar de casa de Tití no me dijo el portero: Adiós, señora.

LA NIÑA.—Ni a mí tampoco.

(De «The Humorist.»)



—Dicen que yo no me ando por las ramas; tienen razón. Por las ramas, no, porque se rompen; yo me ando por los troncos.

(De «Simplicissimus.»)



LA NIÑA.—¡Pero hombre! ¿Vas a sacar entradas de paraíso?
EL POLLO.—¡No te extrañe! ¿Dónde mejor se puede ver a Eva?

JUICIO DE MUCHAS FALTAS

—Romualda Alonso... Cayetana Sanz... Vicente Valvidrieras... Están todos presentes. Vamos a ver, ¿qué pasó?

—Pues pasó, señor juez, que...

—Lo ocurrido fué que...

—El caso es que...

—¡Alto, alto! Si hablan todos no nos vamos a entender. ¿Está la pareja?

—Servidora de usía.



—¿El perrito dice la señora que es cazador muy fino? Pues por su facha me parece más bien cazador furtivo.

(De «The Humorist.»)

—Hable usted, guardia.

—Hablará mi compañero el 1525, que como es de Lugo tiene más verborrosidad.

—Bueno, que hable y explique, sea de donde sea.

—Pues con su permiso. Circulábamos los dos, mi compañero y yo, cuando después de dudar si debíamos tirar por Ministriles abajo o por Ministriles arriba, decidimos tirar para abajo...

—¿Es sitio de mayor vigilancia?

—Con permiso, es sitio de mejor sol, cuando salió una chica a la que no reconocimos.

—Claro, no es cosa de reconocer a todas las chicas.

—Eso le ha dicho a la Sebastiana su novio, pero el caso ahora es distinto o, como si dijéramos diverso; al manifestar que no la reconocimos quiero expresar mi opinión de que siéndonos conocida, por tratarse de la Carmela, la chica de la portera del 37, no asociamos en aquel instante su fisonomía a nuestro catálogo de relaciones.

—Hombre, habla usted que ni don Niceto.

—Es que aquí, debajo del casco, cuando le tengo puesto, bullen ideas y afluyen palabras, porque uno ha tenido sus principios.

—Adelante y pasemos de los principios.

—Ya estamos en el postre y éste

es que la Carmela requirió nuestro auxilio o socorro, que de ambas maneras puede decirse, para que interviniesemos en una pequeña bronca que se estaba desarrollando en el patio de la susodicha casa. Penetramos el compañero y yo, y ¡mi madre!

—¿Cómo? ¿Su madre también se hallaba en la trifulca?

—Es un decir, señor; pues yo he dicho ¡mi madre! como pude haber



—Tú, tan partidario de todo lo que sea relacionado con hacer buena puntería, ¿por qué tienes esa pipa que tira an mal?

(De «The Humorist.»)



—Soy dibujante.

—¿Dibuja usted en LA GRACIA?

—¡No, señor; en el campo!

(De «Le Rire.»)

exclamado ¡recuerdo!... En este caso ¡mi madre! es adverbio.

—Por muchos años.

—Gracias. «Prosigüo». Penetremos y nos encontremos a aquí, la señora, y a aquí, la menos señora, diciéndose unos epítetos y unas colambresas que, bueno, se las dicen a un picador de toros que ha dado un marronazo y el picador se baja del caballo, sube al tendido y le da una patada con la pierna en que lleva la

mona de hierro al que ha soltado la frase, que tienen que subir los monos para llevarle a la enfermería.

—Es que esta tía...

—La tía será usted, "so guarra"...

—Silencio. Ya hablarán luego.

—¿Y podré decir que esta es un pendón?

—Lo dirá.

—Pero tendrá usted que probarlo, porque a mí no se me insulta.

—¿Probarlo? ¡Ay, hija, no creo que a cada bagatela que "haiga" usted cometido en su vida, habrá dado recibo.

—¡He dicho que silencio! Siga usted, guardia. Quedamos en que estas señoras se decían insultos y frases gruesas.

—Pero tan gruesas que alguna no cabía en el patio. Después de esto, se abalanzaron la una contra la otra y se echaron mano a los respectivos tупes y trataron de arrancarse los también respectivos abuelos. Nosotros, al ver aquello de los abuelos y ante el temor de que interviniese toda la familia, porque ya vimos que aparecía también el señor, que viene a ser una especie de marido de una de las contendientes...

—¿De cuál?

—Eso ellas lo pueden decir; nosotros, repito, nos metimos por medio, luchamos para separarlas, tuvimos hasta que darlas con los cascos.

—Sí, que a mí uno de estos guindillas buena patá me arrimó.

—He dicho que fué con los cascos.

—Por eso.

—Pero los cascos de la cabeza. En total, que cogimos a las prójimas y a la delega con ellas y con aquí el señor, que nos insultó así medio de ocultos.

—¡Hola! De modo que insultos embozados. Pues, hombre, haber dado la cara.

—¡Ah! Para que me hubiera dado una bofetada en ella. ¡No! Pues menudos mamporros se repartían.

—Bien, comprendido el caso. A ver, Romualda Alonso.

—Servidora.

—¿Usted qué alega?

—Que soy inocente.

—¡Ya, ya! Señor juez, no permitía usía que se le pitorreen con bonete y todo. ¡Vamos, que decir que es inocente! ¡Ay, qué viva, ni que acabase de salir de una piscina de "demuaselles".

—Silencio. Siga usted.

—Yo quiero decir que estaba tranquilamente mondando mis judías, a la puerta de mi casa, por ser este alimento cosa muy del agrado de mi marido.

—¡Atchís!

—¡Jesús! ¡Hay corriente!

—Hay la frescura de esta señora, llamando marido a este pobre hombre.

—Como digo, estaba en las judías, cuando pasó esta individua y soltó una frase alusiva a las mismas y que yo consideré ofensiva, y le contesté con un epíteto, que es el insulto que más se lleva entre la buena sociedad.

—Me llamó pulpo.

—Creo que esto no es ofensivo, porque el pulpo es un animal.

—El animal lo será usted.

—Bueno, bueno, basta. Insulto, riña, escándalo, etc. Veinticinco pesetas de multa a cada una y las costas.

—¿Lo ve usted cómo el señor juez me da la razón en lo de pulpo?

—¿Yo?

—A ver, porque en las costas es donde están los pulpos.

—Salud, señor juez y la compañía.

—¿Lo estáis viendo? Insultos, golpes y ahora cinco duros de multa a cada una. Mejor hubiera sido gastarlos en una merienda.

—Todo se arreglará, porque que yo le llamo pendón a esta otra vez eso es viejo.

—Sí. Y yo a usted pulpo.

—Vamos, guardias, despejen.

A. R. Bonnat

UN HOMBRE PRÁCTICO, por PÉREZ MUÑOZ



I
Mi amigo Retuerta tenía en abundancia guapura, salud, simpatía y todo lo necesario para ser feliz... Buenos dineros.



II
Pero la más abundante que poseía era su señora.



III
El rico comerciante D., vecino—un sibarita—se había enamorado de los «exhuberantes» encantos de la mujer de Retuerta.



IV
Y a ella le hizo «tilín» el rico comerciante.



V
Todo eso lo supo Retuerta por su esposa misma. En seguida previeron que de llegar esta y el señor D. a una «entente cordiale» les llovería al matrimonio el dinero como a Danae.



VI
Así ocurrió, en efecto Retuerta tolerante, vió el cielo abierto. Comenzó a darse la gran vida.



VII
Y la gente del barrio, que se olió la cosa se dió a decir esto y lo otro. Hubo quien afirmó que Retuerta usaba ya siempre sombrero de copa por ocultar «algo».



VIII
Lo que yo'hubé de hacerle saber discretamente. El entonces, con gran satisfacción: —¡Oh, ironías de la vida!— me dijo—. Y tan a gusto que vivo, chico. ¡¡Sin!! dolores de cabeza!! (!!)

Pérez Muñoz



—No te se pué gastar bromas respectivo al tubérculo, porque, chavó, deseguida te quemas.



—Mucho me gustan las mujeres.
—¿Rubias, morenas?
—¡No, no; a mí deme usted siempre castañas!



—¡Cuidao que es usted embustera, señá Pifania!
—¿Por qué?
—Porque tó el día se lo pasa usted contando bolas.



—A la mujer que más miedo tengo en esta vida es a usted, señá Gallinejas.
—¡Amos, hombre!
—Sí, señá; porque siempre me pone usted carne de gallina.



Historia de la Gracia



LA RISA

Así se titulaba un semanario genuinamente festivo que se publicó desde 1843 a 1844, dirigido por don Wenceslao Ayguals de Isco y escrito por "varios poetas de buen humor", entre ellos Zorrilla, Hartzenbusch, Bretón de los Herreros, Príncipe, Villegas, Eulogio Florentino Sanz, Lafuente, Rubí, Carolina Coronado y Calvo Asensio.

Hizo, indudablemente, muchísima gracia a nuestros bisabuelos. Hoy, de fijo, no nos haría tanta a los bisnetos...

Los chistes de "La Risa", como procedentes de poetas exquisitos, eran, por regla general, epigramáticos, y así siempre, por imposiciones de la métrica, adolecían de falta de espontaneidad.

Difícil es encontrar en "La Risa" chistes escritos en prosa. Y los pocos que se hallan son tan retorcidos, violentos y forzados como los que valerosamente se consignan en nuestras actuales astracadas. Véase la clase:

"Nevaba si Dios tenía qué, y martirizábame la idea de tener que atravesar una dilatada y escabrosísima sierra; por que aunque no llevaba capota, decía para mi capote: "si aquí nieva, qué será en la sierra?"

"Hoy se casa un vecino de la inmediata aldea, llamado Camacho: puede que sean "las bodas de Camacho" lo que nos tiene sobresaltados".

"No pareciéndole bien al fraile, tomamos el tole por el río abajo hasta dar con una barca cuyo barquero se llamaba Calderón. El fraile le hizo mil reverencias pensando que aquel hombre era nuestro famoso "Calderón de la Barca".

"Y como el fraile que iba compañero mío, quería atender a mi juego y yo al suyo, uno de los contrarios, que se llamaba Antón Pirulero, nos gritó: ¡manda "Antón Pirulero que cada cual atienda su juego!"

"Quedamos con luz y a buenas noches, sin más dinero que lo justo para tomar un bizcocho y un cortadillo de vino para toda la noche; y como a las ocho del día siguiente habíamos de romper la marcha, exclamábamos mi compañero y yo al tiempo de beber: ¡válgame Dios, "con esto y un bizcocho hasta las ocho!"

"Los herreros llaman machos a los mazos grandes de hierro con que ellos trabajan: Así es que aunque la paja era buena, no la comían los machos del herrero; y él decía con mucha sorna: ¡qué mala paja! ¡no la comen los machos!"

Debo advertir que los anteriores chistes no son, como pudieran suponerse, del

señor Muñoz Seca, sino de don Juan Martínez Villegas, hombre, por otra parte, ingeniosísimo, que compuso epigramas como estos, publicados también en "La Risa":

"Dije a Inés: dulce embeleso, ¿no me das un beso, dí?
Y ella exclamó: ¿a qué viene eso?
¿por qué le he de dar un beso?
¿qué, tantos me da usted a mí?"

"Un mozo ¡suerte maldita! cayó en un pozo de Almagro; se encomendó a Santa Rita y la Santa hizo un milagro,

"Nunca he visto, Antón, tan tiesa la vara de la justicia."

Eulogio Florentino Sanz, el dulcísimo poeta bohemio, hacía en "La Risa" chistes epigramáticos de este jaez:

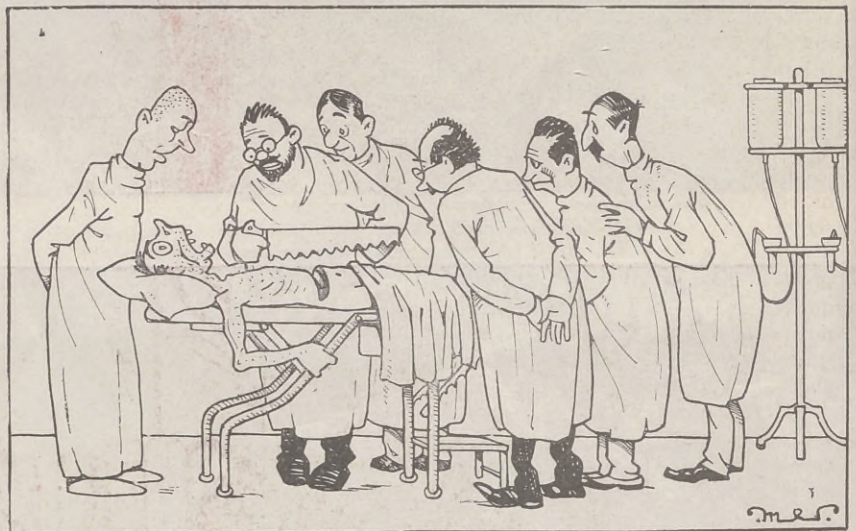
—¿Qué tiene usted, doña Inés?
—¡Me duele tanto esta muela!
—¿No quiere usted que le duela, si la tiene del revés?"

Miguel Agustín Príncipe, otro poeta de gran ternura, evacuaba agudezas por el estilo siguiente:

"Dice Irene que cumplió veinte años de mayo acá, y lo menos hace ya veinte que se lo oigo yo."

Ribot y Fontseré hacía reír al público de "La Risa" con gracias como esta:

"La hija de don Gonzalo burlóse de Federico, que, blasonando de rico, llevaba un paraguas malo. Se amostazó muy en breve el fatuo y dijo confuso:



EL DOCTOR.—Pero, hombre; a ver si se calla, caramba, que de siete que somos aquí, el único que chilla es usted.

pues no se ahogó el pobre mozo yendo al fondo con sus huesos, por... no haber agua en el pozo, pero se estampó los sesos."

Cogí de un brazo con arte a Pascual, que iba hecho un loco, y dije: espérate un poco, ¡qué diablos! ¿Vas a casarte? ¡Hombre!—respondió Pascual—. No estoy tan desesperado. Y luego añadió el malvado que iba a tirarse al canal."

De Bernat Baldoví es este otro epigrama, ante el cual nos lavamos prudentemente las manos, porque no queremos meternos en líos:

"Rita, por cierta pendencia, fué citada ante un alcalde, y éste la sirvió de balde dando en su pro la sentencia.

Con refinada malicia dijo entonces la alcaldesa:

"Este paraguas no lo uso sino los días que llueve."

De Zorrilla, Hartzenbusch, y Bretón de los Herreros no podemos reproducir nada, porque las terribles dimensiones que solían dar a sus gracias no nos lo permiten. Y, francamente, dejando aparte al último, creemos que los lectores no pierden mucho con ello. La cosa clara, y el chocolate, a gusto del consumidor.

Sintetizando: los chistes de 1843 a 1844 eran tan malos como los de 1923 a 1924, y además, muchísimo más viciantes. Tanto que la censura no los dejaría pasar hoy por ningún portazgo. Y haría bien ¡qué caramba! Cuanto más cultas las personas que escriben los periódicos, más obligadas a escribir con cultura. Por muy transigente que sea una lira, nunca debe manchar sus cuerdas con el lodo.

Marciano Zúrita

Somos unos idiotas

Sí, señor; somos unos idiotas, unos estúpidos sentimentales. Bueno está que tomemos cariño a la cotorra, que nos desgarran los oídos deliciosamente, evocando bosques de cocoteros y mañanitas del mes de Abril; y al canario, que, en el orden de los arrullos domésticos, ha precedido al gramófono; y al gato, que nos araña cuando le acariciamos; y al perro, que ladra cuando no conviene y se muestra enemigo de la pulcritud en los rincones que nuestra criadita cuida con más esmero y leñía; pero, ¿qué es eso de encariñarse, no ya con los irracionales, sino con las cosas? ¿Adónde vamos a parar con el corazón, fabricado tan sólo para torturarnos, maquineta de desazones y archivo de lágrimas?

Esa levita, de la que resolvemos, un día de sesudez, desprendernos, por inservible, ¿qué tiene que así nos hace suspirar, pensando en que no hemos de volverla a ver, confiada a la custodia del trapero o del prestamista? —Ya no se llevan las levitas—nos decimos para justificar nuestra resolución irrevocable. Y la levita, sin arrugas, joven aún, evocadora de días de boda, de ceremonias oficiales, cuando nosotros pensábamos ser célebres de cualquier modo, parece decirnos con esa voz apagada de las prendas: —“Eres un canalla. Lo que quieres disfrazar de conveniencia no es más que ingratitud. Dentro de mí has sido dichoso muchas veces. Me despidas ahora que empezaba a ceñirme a tu cuerpo garbosamente, ahora que empiezas a tener un poquito de panza y usas ya lentes; ahora que los lentes y la panza te dan “cierta representación” para llegar a ser algo”...

La voz de la levita nos conmueve y decidimos no llamar al trapero por el instante.

Y lo que nos ocurre con esta prenda nos sucede con el traje, bien usado ya, que se ajustaba tan dócilmente a nuestro cuerpo, que no nos tiraba de aquí ni nos apretaba de allá; que era, antes que un siervo, un déspota. La mañana que acordamos desecharlo, una vaga angustia nos oprime este corazón nuestro de Margarita Gautier, de Naná, de enamorado a lo Lamartine o de menestrala a lo Pérez Escribá. Nos hemos acostumbado, y la costumbre es el enemigo más cruel y tenaz del hombre. Al principio, renegábamos del sombrero, que nos oprimía la frente con saña de corona de espinas, y, cuando flojo, sin forma ni carácter, ya apacible y servil, este sombrero, en lugar de martillearnos las sienes, como antaño, las acaricia blandamente, entonces le arrojamos desdén o le regalamos a ese primo



EL BORRACHO.—¡Vaya un farolito que me han puesto en la puerta; si se creerán que no sé alumbrarme!

(De «Le Rire.»)

nuestro, más pobre que nosotros, ese primo que nunca falta en toda familia decente, y que es el buzón de nuestras sobras, el acto tercero, chistoso y jovial, de nuestras tragicomedias.

¿Y las botas? Acordaos de sus comienzos, de su adolescencia impertinente, sometida a la prisa, a la ceguera, a la audacia de nuestros pies. Al principio, chillan, protestan, alborotan; son republicanas, inadaptables, coléricas, amigas de la santa libertad. Después, con el uso —que es una política como otra cualquiera—, van cediendo, se amoldan al pie, atenúan sus estridencias, contemporizan, claudican, evolucionan... Y, cuando no se las oye ya, cuando da gusto ver cómo callan, es cuando no nos sirven; están viejas, y hay que tirarlas.

He aquí un bello apólogo que podrían tener en cuenta nuestros más inquietos republicanos.

Confesemos que, a pesar de todo, nos desgarran un poquito allá adentro esta separación. Somos unos indecentes sentimentales, que nos pasamos la vida murmurando como Francisco, el de Asís: “Hermana corbata, hermano lobo, hermano gabán, hermano editor”... Los prestamistas y los primos pobres no sabrán nunca qué cavidad, qué alvéolo dejan en nuestro corazón esas prendas que nos quitamos de en medio, con la desesperación y el heroísmo con que nos dejamos sacar las muelas...

E. Ramírez Angel



—¿Quieres que te eche las cartas? ¡Te saldrá todo!
—No, muchas gracias; voy a Correos.

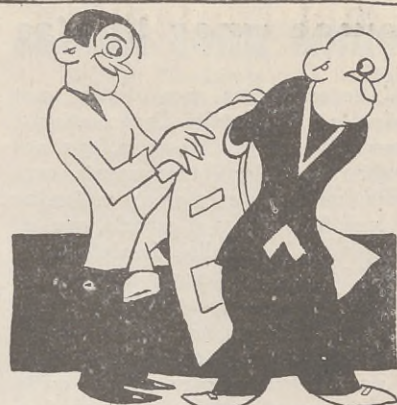
(De «Le Rire.»)

COPLAS FESTIVAS de M.F. CONDE

Monos de Garrido



-¿Quiere V. que yo le sirva?
Siéntese aquí, don Faustino.
¿Que va a ser? ¿Ofeitar solo?
Está bien... Templada, chico.
Va usted adelgazando mucho...
No parece usted el mismo...



estira el pellejo; afeita;
luego da otro, estroñecito
y lo rasura igualmente,
dejándolo terso y limpio;
da otro más; y, cuando teme
que aquello sea el infinito,



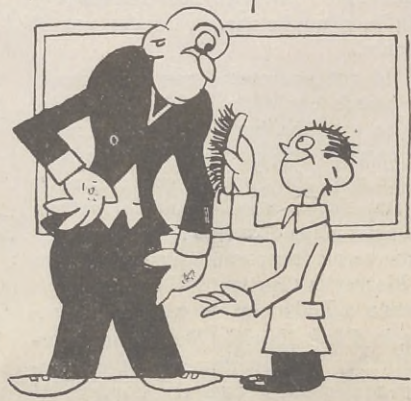
-Acabe pronto; caramba!
-En dos minutos termino.
Si quiere usted lotería
tengo un número bonito...
-Lo que quiero es que me diga
si tiene usted turno fijo



¡Solo pellejo le queda
en la cara, don Faustino!...
-En la cara y en el cuerpo;
pero, dese prisa, amigo,
-Estaría usted, como siempre,
en los toros el domingo...

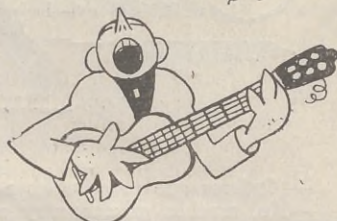


tropiezo con algo que era
cicatriz, lunar o chirlo,
y le pregunta al cliente:
¿afeito este lunarcito?
El cliente, que pensaba
si sería más positivo



en esta peluquería.
-No siendo el día festivo,
aquí me tiene; ya sabe
con cuanto gusto le sirvo.
...Rasurándole el pescuezo
diez minutos lleva el figaro

Ya no hay toros ni toreros...
La muerte de Joselito
hirió a la afición de muerte...
Y eso que, luego, aquel niño
que se llamaba Granero...
y el otro, don Cataclismo...



cambiar de peluquería
o venir solo en domingo
al escuchar la pregunta
miróse al espejo y dijo:
-Eso no es lunar, maestro.
Fíjese usted, es el ombligo!

El mal contagioso

Algunas de las peores horas de mi existencia, se las debo a un compañero de oficina que tuve y que se llamaba Suárez.

Suárez era un hombre alto y seco, moreno, con cara de infeliz y ojos lánguidos. Hablaba con voz cavernosa, muy lenta, y toda su persona tenía tal aire de desmayo y abatimiento que inspiraba lástima; mas apenas desplegaba los labios, daba risa.

Era un ser trágico. Todas las desgracias y los fracasos le eran familiares; pero no sé cómo se las componía que en vez de arreglar sus conflictos los enredaba aún más y, en lugar de atraerlas, indignaba a las gentes. Pese a su bondad y humildad, no sabemos porqué le echaban de todas partes. Había estado en cincuenta oficinas y en todos los sitios estorbaba. Hacía el efecto de uno de esos trastos caseros que obligan a exclamar al cabeza de familia dándole con el pie: "Pero ¿quién ha puesto esto aquí? Fuera, fuera..."

Todas las mañanas, invariablemente, apenas cambiábamos los buenos días, el lúgubre Suárez comenzaba el relato de sus apuros económicos, sus miserias familiares, sus catástrofes, sus derrotas. Cinco mil reales de sueldo, seis hijos, la mujer con ataques nerviosos, las cuñadas insultándole, persiguiéndole implacablemente, echándole la culpa de todas las calamidades que caían sobre la familia; la suegra, chocha ya, adorándole ciegamente después de haberse pasado la vida amargándose a él... Suárez no podía con más. Y no teniendo valor para pegarse un tiro, se dedicaba a referirnos con verbo abundante y gran lujo de detalles su interminable serie de desventuras.

—Esta noche no he podido pegar los ojos. A mi mujer le han dado cuatro ataques.

O bien:

—El casero nos echa. Ya está en el Juzgado la demanda de desahucio. ¿Qué les parece a ustedes, señores?

Días después, tétrico, suspirando:

—La semana que viene será el lanzamiento.

Nos metía el alma en un puño, nos abrumaba, nos aburría. Las personas más desgraciadas tienen momentos de risueños ¿no es cierto? Pues Suárez, no. Suárez era un ser completamente monótono, sin claroscuro, que daba la lata a todas horas y a todo el mundo. Oyéndole, se le quitaban a uno las ganas de vivir, cayendo en cierto estado de tristeza que pudiéramos llamar comatosa.

Yo tuve la desgracia de merecer su afecto y confianza en grado un poco mayor que los demás compañeros. Y conmigo se despachaba a su gusto haciéndome confidente de sus confesiones más amargas, sus reflexiones más patéticas, sus propósitos más desesperados. Se venía a mi mesa y allí, en voz

baja, con cierto zumbido de moscardón, desarrollaba una tabarra para mí solo.

No era esto lo peor. Lo peor era el salir de la oficina. So pretexto de que llevábamos al mismo camino, me acompañaba hasta casa y durante el trayecto no daba tregua un punto al rosario de sus desdichas.

Yo, impresionado, preocupado, conmovido, me sentaba a la mesa con más ganas de tirarme por el Viaducto que de meterme en el cocido en el estómago.

Llegaron a noérmelo en casa.

—¿Qué te ocurre? A ti te pasa algo.

—Nada, mujer; no me pasa nada.

—Sí que te pasa. No comes, no hablas, estás triste...

—¡Phs!...

—Habla, por Dios. Di lo que sea.

Al fin tuve que descubrir mis sospechas.

—Un pobre compañero de oficina ¿sabes?... Suárez... Un hombre verdaderamente desgraciado... Todo le sale mal... No da una... Pues el pobre nos refiere sus cuitas, y a mí particularmente, pues...

Explicué lo que ocurría.

Mis deudos se indignaron. ¡Vaya con el hombre! Si tiene desgracias, que se las guarde, como nos las guardamos todos. No hay derecho a aburrir al vecino, a no dejarle vivir contando nuestras historias. Muy sensible, sí; pero que deje a los demás respirar tranquilos.

Durante un buen rato, mi mujer, mi suegro, mi madre, no cesaron de echar pestes contra Suárez. Afortunadamente para éste, no existía entonces el Directorio, que si no, forman una denuncia en regla.

El pobre Suárez nos dijo un día:

—Me da el corazón que van a dejarme cesante aquí también.

—¡No, hombre, qué disparate!

Pero, en efecto; una mañana, har-to ya el director de encontrárselo en



—¿Y te atreves a mirarme cara a cara?

—¿Qué quieres, mujer! ¡A todo se acostumbra uno!

todas partes menos en su sitio y trabajando, gritó malhumorado:

—¿Qué hace este hombre aquí, siempre estorbando? A ver... (llamando al jefe) que se vaya ese hombre a la calle...

Y Suárez quedó cesante. Todos lo sentimos mucho, pareciéndonos una crueldad que se quitara el pan, una vez más, a un desgraciado como aquel. Pero es lo cierto que desde que Suárez desapareció, comenzó a renacer la alegría en el negociado, y por lo que a mí toca, empecé a recobrar el apetito y a ver las cosas de la vida en su color natural, sin los sombríos tristes de antes.

¿Qué será ahora de Suárez? ¿Habrá muerto? ¿Estará en Madrid? ¿Le emplearían en seguida y habrán vuelto a dejarle cesante?

No sé; no tengo de él la menor noticia. Pero pido a Dios que no llegue un día en que, ambulando distraído por la urbe madrileña, me lo encuentre al volver una esquina.

J. Ortiz de Pinedo



Los médicos especialistas

La burla no descansará nunca ante la medicina... Y, sin embargo, podemos afirmar que jamás han sido los médicos tan serios y tan hábiles como hoy.

Sólo que no se siguen sus tratamientos.

Vamos a verles como a salvadores, y si al cabo de ocho días no nos hemos curado, cesamos de obedecer sus prescripciones. Entonces, decimos: "La ciencia de ese hombre no me ha servido de nada."

Es que no les hemos escuchado. Si les hubiéramos escuchado, nos habrían curado. Era necesario observar nuestro régimen durante cuatro, ocho meses... todo el tiempo preciso.

¿Os acordáis de Simeón... ese buen mozo, grueso, barbudo, que viste de levita? Sí... le conocéis muy bien. Pues

hace cuatro años Simeón vino a verme. Sabía que yo siempre he estado en relaciones con las eminencias del mundo médico parisiense. Simeón pesaba en aquella época doscientas setenta libras. Quería adelgazar... Le indico la dirección del doctor Belarthur, calle de Lafayette... Va allí. Belarthur le examina y le somete a un régimen que ha dado ya excelentes resultados: los ejercicios de marchas prolongadas. Dos horas por la mañana y dos horas por la tarde. Al cabo de seis semanas, Simeón había perdido veinticinco libras.

Únicamente se encontró con que tenía los tobillos un poco débiles para sostener la masa de su cuerpo. No podía ya caminar. Sus pies estaban completamente hinchados. Vino a verme. Le indiqué entonces al doctor Schitzmer, un médico de origen austriaco que cura las afecciones de ese género con baños de pies en lodo, es decir, en tierra arcillosa desleída. Mi buen Simeón siguió el tratamiento durante tres meses, al transcurrir los cuales tenía los pies completamente curados.

—¡Ah! — me dijo entonces—. ¡Cuán reconocido te estoy! ¡Qué alivio experimento al no sufrir ya esos dolores de la garganta.

Es preciso decir que, en efecto, a fuerza de sumergir los pies en tierra mojada, había contraído una afección a la laringe, que le molestaba mucho... Pero nada más fácil que curar eso. Me apresuré a enviarle al doctor Cholamel. Cholamel ha observado que muchas enfermedades de la garganta son debidas a mala circulación de la sangre. Devuelve su vitalidad a aquel órgano

por medio de un tratamiento eléctrico. Simeón sometióse a este tratamiento y su curación fue cuestión de muy pocos meses. Su afección a la garganta desapareció por completo.

Desgraciadamente, Simeón pertenece a una familia de nerviosos; padece una nerviosidad especial, a la que la electricidad afecta gravemente. Sufrió crisis de un carácter muy alarmante... A diario tenía tres o cuatro accesos. Le dije:

—Querido, no hay que continuar así. Ve a ver, de mi parte, al doctor Langlevet y entérale de tu caso. Te curará eso en un abrir y cerrar de ojos.

Langlevet le hizo tomar bromuro. Y al cabo de un cierto tiempo—seis meses—los accidentes nerviosos habían desaparecido. Mi amigo pudo reanudar su vida normal.

Pero su humor era un poco sombrío, como el de todas las personas que sufren del estómago. El bromuro, naturalmente, no se ha hecho para el estómago. Le estropea, le desarregla, causa digestiones difíciles...

Quando se padece del estómago, no hay que vacilar. Se va a ver al profesor Biridoff. Os repone en tres meses. Mandé a Simeón a casa del profesor, que le examinó y le sometió al régimen de los feculentos. Muy poca carne, poco vino, mucha agua, y purés de judías, purés de patatas, purés de guisantes. Simeón restablecióse en breve tiempo.

Se consideró muy feliz. Le encontré en la escalera de mi casa, cuando venía a darme las gracias. Sufrió un poco... ¡porque estaba muy grueso! ¡Claro! ¡Nada más que farináceas! No pesaba menos de trescientas veintidós libras. Era demasiado.

—Hace falta cuidar eso y contenerse...—le dije.

—Pero—respondióme—si trato de nuevo de adelgazar, van a decirme que ande, mis tobillos se hincharán otra vez, etc., etc.

—No, no se trata de andar—le contesté—. Hay otros medios para adelgazar. Voy a ir contigo a casa de mi amigo el doctor Lerenchéry.

Lerenchéry preconizó sobre todo la equitación; pero no la equitación al azar. No basta con tomar un caballo en el picadero y dar una pequeña vuelta por el Bosque. Lerenchéry llenó doce páginas, indicando las horas de salida, el número y la duración de los tiempos de trote, de los tiempos de galope... Simeón escogió un caballo muy fuerte, muy brioso, y comenzó sus ejercicios.

Pues bien: comenzó hace tres días y su peso ha disminuído ya treinta y seis kilos. ¡Magnífico resultado!

No debo ocultaros que en su primera salida se cayó del caballo y ha habido que cortar la pierna izquierda, que pesaba exactamente treinta y seis kilos.

He ahí, pues, un hombre que ha seguido siempre las prescripciones al pie de la letra y que ha obtenido de la medicina todo lo que le ha pedido.

Irisán Bernard



—¿Qué edad tiene el señora de Fulánez?

—Nadie lo sabe.

—Y después dirán que las mujeres no saben guardar un secreto.



—¿Por qué regañaste con Regúlez?
—Nada, hombre; que me quiso alzar la mano.

EL COLMO DE LA CORTESIA
—Qué chico más guapo, Juan. ¿Es de usted?
—Y de usted, señorito.



El de un ciego: Cometer un crimen, y el día del juicio ganar la vista.

El de un ratero: Colocarse en un kiosco de necesidades para tirar de la cadena.

—El de un pobre: Comprar un reloj que le dé los cuartos.

El de un afilador: Vaciar un pozo.

El de un manco: Comprar un brazo de luz y una mano de papel.

El de un carrerista: Comprar "Meta".

El de un hambriento: Vender al-hambre.

El de un carnicero: Tener a su servicio criadillas.

El de un jorobado: Estudiar Derecho
FRANCISCO J. PEREZ

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

M. R.—Madrid.—Aceptados sus trabajos.

J. G.—Madrid.—Se publicarán en breve.

R. A. L.—Sevilla.—No sirven.

M. R. L.—Valencia.—Envíe otra cosa más cómica y más original.

A. C. C.—Logroño.—Su original es claro, pero su estilo confuso.

J. M.—Córdoba.—Publicaríamos sus versos de ser festivos.

M. de C.—Madrid.—No, hombre, por Dios, eso no encaja.

CONCURSO

Esta revista, según costumbre en las de su género, celebra un CONCURSO de chistes, el cual ofrecerá una nota original y altamente estimulante para el secular ingenio de nuestros lectores. Los chistes más singulares que se nos envíen irán ilustrados a todo color por nuestros más notables dibujantes, y se publicarán en los preferentes lugares de la primera y última plana. El manido concurso de chistes ofrecerá esta vez un nuevo encanto, y esperamos que la gracia popular deposite en él sus más preciadas y pintorescas flores. Diríjanse a nuestro Apartado 8.008.

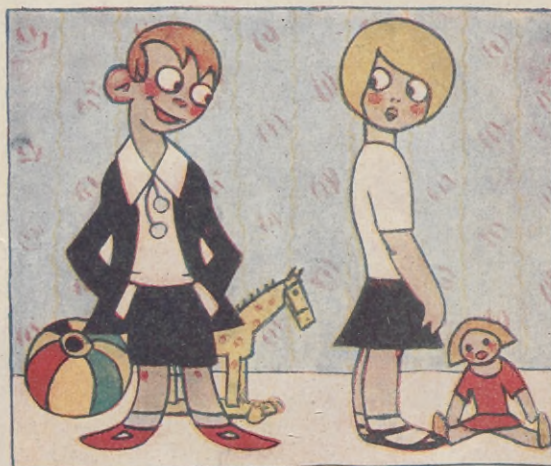
Compre usted el domingo
LA NOVELA CORTA

LA GRACIA

REVISTA COMICA



—Espera, Rodolfo; que para no olvidar esos versos que me has dicho, voy a hacer un nudo en el pañuelo.
Portada de GARRIDO



—¿Te has enfadado, Juanita?
—Claro, hombre. ¡No quieres que juguemos a los matrimonios!



—De mi compañía han salido los mejores cómicos.
—Entonces por eso no queda en ella ninguno bueno.